

LIBROS

TRES NOVELAS CORTAS DE 1958

Por Luisa Josefina HERNANDEZ

EL NORTE

EL NORTE de Emilio Carballido, trae reminiscencias de los novelistas modernos italianos, de Pavese, tal vez, seguramente de Moravia. En ellos hemos sabido de esos personajes que sin salir de lo vulgar en su esencia, son tratados con una sutileza, con una finura que parecen resplandecer.

El Norte tiene tres personajes principales que sin faltar a la precisión pueden definirse como una viuda cuzca, un muchacho de barrio y un aventurero de puerto; sin embargo, en lo que leemos no hay nada que pueda resultar lugar común, ni tampoco un enfoque arbitrario que desvirtúe su verdadera personalidad. Hay sólo una excepcional manera de descubrir en diálogos y actitudes sus más secretas emociones.

Nada más alejado de este tratamiento de carácter que el metódico análisis psicológico; todo el libro parece resultado no de una cuidadosa meditación sobre los personajes sino de un certero ejercicio intuitivo que sin perder el hilo de la lógica va desarrollando una historia tremendamente íntima, vivida por sus actores casi sin conciencia de que se vive.

También como en las novelas italianas interviene el ambiente como elemento mágico, tal vez en un tono menor que en esos autores, pero no menos efectivo: la casa de Isabel con los cupidos en los cuadros y las novelas pornográficas dentro de los roperos, el mar que Carballido ve frecuentemente con atributos de mano, de lengua, "de un enorme animal doméstico", están siempre presentes, así como el viento del norte que "más que un viento parecía un estado de ánimo".

Refuerza esta impresión del ambiente un lenguaje intencionadamente prosaico cuyo resultado no es producir en el lector la emoción lírica pura, sino el sentimiento poético que naturalmente surge de las cosas y de las personas.

Luego, los personajes. Aristeo, que a pesar de que se nos ha confesado que ha nacido y crecido en Tepito, nunca se siente como tipo, sino como ese campo de descubrimientos que es un hombre joven. A este respecto es posible recordar a Adán, el personaje de *La veleta oxidada*, la anterior novela corta de Carballido. Adán y Aristeo se asemejan en que viven los sucesos sin analizarlos, hasta que los sucesos con su propia fuerza les traen una lucidez punzante que los lleva al reconocimiento de sí mismos. Al final de las dos novelas parecen gritar los personajes: ¡Me siento, soy yo mismo, el hombre que soy yo!

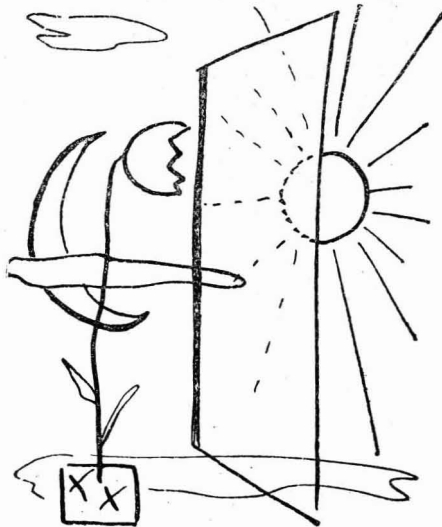
Isabel, la mujer entrada en años que ha pasado sin escandalizarse por las peculiaridades de su vida, se alarma al fin, cuando a través de una golpiza y del definitivo abandono de Aristeo, comprende lo que había de excepcional y de valioso en esa relación amorosa

cuya ridiculez no le había pasado inadvertida.

Sólo Max permanece en el misterio de las pasiones más oscuras. El es el incidente, el destino vestido con una chaqueta de marinero que lleva a los dos personajes anteriores al punto donde el autor quiso colocarlos.

El Norte, como *La veleta oxidada*, son dos viajes del hombre hasta su conciencia, hasta su decisión, hasta el momento donde se pone a prueba la calidad humana.

La novela está dividida en los capítulos que se refieren a lo pasado intercalados con los que hablan de lo presente. La técnica resulta así directa, desprovista de artificio porque el artificio es obvio y salta a la vista. La habilidad máxima consiste en traer a los dos últimos capítulos un contraste marcado por Isabel: en el penúltimo el nombre de Aristeo es un nombre vacío; en el último, pocos días después, este mismo nombre es gritado, aullado y está lleno de significados infinitos.



Para hablar de *El Norte* en su totalidad nos encontramos con diversos problemas y todos ellos tienen que ver con las ideas preconcebidas que se tienen de "lo realista", de "lo poético" y hasta de "lo pornográfico". Lo más sencillo es buscar la función que cada una de estas ideas logra dentro de la novela... Quizá "lo pornográfico" está usado como la clave más inmediata no de la sensualidad sino de la sensación, no de la superficie sino de la profundidad de la psicología de los personajes; "lo realista" probablemente no es la brusquedad de un lenguaje ni la crudeza de una situación, sino una serie de momentos cuidadosamente escogidos para dar la versión más total de una historia y "lo poético" no es sólo la palabra exquisita que describe cosas grandiosas, sino que también puede ser la resonancia que deja en nosotros la verdad de una narración contada con justeza.

POLVOS DE ARROZ

Polvos de arroz, de Sergio Galindo, es una singular mezcla de tiempos, de sentimientos, de sucesos... todo visto, vivido y recordado por Camerina, una mujer obesa de setenta años que piensa y actúa como joven porque posee la vitalidad de los problemas juveniles anidada en un cuerpo que corresponde a su edad.

Esta sensación de incongruencia es la que predomina en el libro a pesar de las fechas y de los datos que el autor va dejando caer como al descuido a lo largo de su narración. Sin embargo, se hace necesario admitir que esto no es sólo un truco para despistar al lector, sino la realidad a que nos conduce el somero análisis psicológico al que está sometido el personaje.

¿Será posible imaginar a una mujer de setenta años clavando los dientes en la almohada para acallar los sollozos de una decepción amorosa? ¿No es esta la descripción convenida para los dolores adolescentes? Pero Camerina llora así porque todas las suspicacias amorosas y la urgencia de las necesidades sexuales han llegado con muchos años de retraso; infancia... lo primero que se nos ocurre es averiguar cómo se las ha arreglado el autor para darnos la impresión de esta infancia y más tarde de esta juventud imposible.

Una versión aceptable es haber observado que todos los personajes que rodean a Camerina están sumergidos en la intensidad de una sola tarea. La vida se estaciona para ella porque es pasiva, porque es dispersa, porque descubre que vive "en el simple acto de extender la mano para tomar el último tulipán del arbusto y mover la rama hacia arriba para contemplarlo mejor". Se comprende que Camerina se convenciera de que vivía con este sólo hecho si se compara su actitud con la de su padre que no admite el presente y que al llegar a la viudez, vuelve el tiempo a su camino opuesto y empieza a recordar y que no se conforma con eso, sino que también recrea el pasado, inventando incidentes y puliéndolos. El padre de Camerina muere sin haber muerto y habla bajo una concentración obstinada de fantasmas.

Augusta, la hermana mayor, la fea, (sólo sabemos que tenía "el cabello lacio y seco") vive con un designio: arrancarle a Camerina el amor de Rodolfo Gris, ese complaciente galán de provicia que se pasa las tardes oyendo las risas inmotivadas de las dos solteras y los recuerdos alucinados del padre viejo. A medias, torpemente, Augusta logra su objeto; durante los meses de un verano excesivo se hace madre de una hija de Rodolfo Gris, pero se queda sin el hombre y exhausta por el esfuerzo. La hija no le interesa como no vuelve a interesarle nada, deja de hablar y de sentir; muere sin abandonar la vida.

Rodolfo Gris, el más vacío de todos, el más indeciso, es el hombre que cifra toda su actividad en fomentar sus relaciones con una familia que sirve de reflejo a todo lo extático y lo inútil que lleva dentro. El también está abortado en la tarea de huir de realidades exigentes para entregarse a situaciones románticas que culminan con la más romántica de todas: su muerte verdadera al caer de un caballo.